

la del trabajo. Andando los años, cuando el cetro llegue a vuestras manos y seáis rey de verdad, no tendréis que ir con una linterna, como Diógenes, buscando un hombre en los vericuetos de la política, sino que, generación tras generación, habréis conocido cuanto ha valido y valga más de la juventud española. Cuando viajéis, dondequiera vayáis, encontraréis cortesanos vuestros, que llegaron hasta vos como se llegaba, por propios merecimientos, a los reyes de Castilla y de León, de Navarra y de Asturias. La Orden de Covadonga tendrá, en todo lugar de España, legiones que serán vuestras por la fe y por el entusiasmo".

ESCUELAS DE PRINCIPES Y DE CIUDADANOS

"Esta Orden tendrá la capital de su reino, donde fuera la Corte de Pelayo; donde nacieran sus hijos Don Favila y Hermesinda;



Don Juan I de Castilla, que instituyó, en 1388, el Principado de Asturias

donde nacieron los hijos de Favila y los cuatro hijos de Alfonso el Católico... No se dirá que no pueden colgarse escudos nobiliarios en el pueblo humilde. Precisamente por humilde, por espejo de la España tradicional que hay que reconquistar y convertir en novísima, y, por hidalgo y señorial a la vez, debe ser Cangas la capital de esta Monarquía de ensueño y de ilusiones, que son cien veces, mil veces más reales que todos los tristes y abatidos desmayos de nuestra realidad presente. Cangas fué y debe ser escuela de príncipes, y a la vez alentamiento y aprendizaje de ciudadanos. Donde se templaron los reyes y los caudillos que llevaron la frontera cristiana hasta las tierras de la nueva Castilla, bien pueden adiestrarse el rey y los políticos que han de encender la nueva fe en España en los corazones de cuantos hombres en el mundo expresan su pensamiento en el sonoro romance del Rey Sabio.

Señor: que no esté más Don Pelayo solo con Dios; que la nación entera le acompañe; que todo español se sienta soldado espiritual de la reconquista de la Patria. Si dejáis pasar esta ocasión única de hacer de Covadonga, además del santuario religioso, el santuario civil, la escuela ciudadana de las nuevas generaciones, no se ofrecerá otra ninguna que podáis proclamaros caudillo del porvenir, capitán de la mocedad. Pasarán estos días de la conmemoración, se apagarán las luminarias, se desvanecerán los párrafos solemnes, las retóricas sugestionadoras y las frases hinchadas en las que el patriotismo se trueca en la cimera luminosa de un cohete. La mole grandiosa del Auseva volverá a quedar en soledad; a la gruta donde Pelayo escondiera sus bravos no llegarán sino creyentes a rezar y curiosos profanadores a admirar el tamaño de la montaña y la tristura gris del paisaje... Dentro de un siglo, cuando pueda conmemorarse un nuevo Centenario, es posible, Señor, que haya ideas nuevas sobre estos motivos de nuestros fervores actuales; es posible que hayan cambiado las normas políticas, que hayan mudado los regímenes. El designio de las naciones se marca en una hora de acierto, en un minuto de error... No dejéis pasar, prin-

cipe de Asturias, esta ocasión propicia que os ofrecen la Historia y la Naturaleza para encender a España entera en el amor de la Patria. Mostraos pronto el rey de mañana. Que España no esté más sola, en el olvido de sus propios hijos".

He aquí transcrito, Señor, lo más substancial del mensaje que "La Esfera" de Madrid os dirigiera desde sus brillantes páginas hace unos años, y que parece tener en estos días casi la misma actualidad que en la fecha de su publicación. Su Director General, nuestro admirado y buen amigo Don Mariano Zavala, en el rendimiento de su amor a Asturias y en su refugio veraniego, cercano a Covadonga, pidió —con gran ansiedad al mensaje— que no se dejase pasar sin conmemoración grandiosa la fecha del Centenario de la que fuera, con Lepanto, la acción más grande y alta y famosa que vieran los siglos; y aquellas palabras ennoblecedoras de Don Mariano Zavala, contrastaban, alienaban el mismo pensamiento de González Solís. Lo que Zavala proponía entonces, no era una conmemoración de retóricas propicias al olvido y de fuegos artificiales duraderos mientras se consumen. De un lado las fiestas religiosas, que son fe por lo fecundas, Mariano Zavala pidió que no se dejara escapar la oportunidad propicia para que, en el nomenclátor geográfico, dejase de ser Covadonga una palabra, y se convirtiese en un ideal de la conciencia hispana; para que surgiese la española juventud, por vos, Señor, capitaneada, y como nuevos Tercios de Flandes, poseída de nuevos entusiasmos, grabado en el pensamiento la memoria de aquella epopeya de la que renaciera España y en la que una nueva generación emprendiera la reconquista de la perdida Patria, reconquistara una España nueva, que sería, otra vez, poderosa y grande, sabia y rica, espiritual e hidalga, faro luminoso, guía del continente europeo.

El otro aspecto, Señor, es el de la Naturaleza en Asturias, espléndida, pródiga en las maravillas de sus paisajes; evocadora en sus arqueologías y en sus monumentos; recia y viril en sus montañas, valles y desfiladeros; portentosa en sus industrias y comercios; soberbia y arrogante en sus encrespadas costas marítimas; suave y leve en sus aterciopelados prados verdeantes y sus huertas exuberantes de frutos; aromática y sutil en el ambiente de sus fragran-



Don Enrique III de Castilla, Primer Principe de Asturias.

tes pomaradas en flor. Todo ello, en suma, implica la necesidad absoluta de la creación de una entidad que, dedicada con verdadero entusiasmo al máximo fomento del turismo en Asturias,—como actualmente viene haciendo el Exmo. Sr. Conde de Güell con su flota trasatlántica para toda España—llevára a los dominios de vuestro Principado a esas legiones de turistas de todo el mundo, y aún a los propios españoles de otras regiones, a adimir, junto con la maravillosa obra de la Naturaleza, el valor histórico de aquella hermosa región; que ello representaría para vos, Señor, la herencia que os legara el Rey Don Pelayo, de hacer una nueva reconquista de España.

Así os lo pide hoy, Señor, con el mayor respeto — como hace años Don Mariano Zavala y "La Esfera" — esta revista, COVADONGA, y, en su nombre, su humilde Director:

ALFONSO MORATA.